

Estados Unidos ante la gran encrucijada china

Arturo Santa Cruz*

Introducción

China está en todas partes: en la discusión sobre derechos humanos, comercio internacional, seguridad internacional y recientemente en la carrera espacial. El gigante asiático ha devenido tema de conversación ya no sólo entre académicos y responsables de la toma de decisiones, sino también entre la población en general. Está también, por supuesto, la omnipresencia de los productos chinos a nivel mundial, desde juguetes hasta zapatos, pasando por chiles para el mercado mexicano y televisores para el japonés, faltaba más. Aunque la República Popular China, con 9 579 000 km², es el segundo país más grande del planeta, pareciera extenderse hasta sus confines. No es entonces de extrañar que aparentemente en el imperio central no se ponga el sol —y que no se pueda escapar de las múltiples encrucijadas que su discusión encierra—.

Uno de los subproductos de la —a veces abrumadora— presencia del gigante asiático es la “amenaza china”. Por ejemplo, James Hoge nota que es poco probable que el ascenso de China se realice sin conflictos internacionales. Según advierte, los “reacomodos mayores de poder entre estados [...] no ocurren frecuentemente, y rara vez son pacíficos” (Hoge, 2004). Esta percepción de la emergencia de China como inherentemente peligrosa ha trascendido el ámbito de la opinión pública y la prensa, instalándose en los centros de poder. Así, por citar un caso por demás relevante, en cuanto el presidente estadounidense George W. Bush tomó posesión del cargo, se empezó a referir al gigante asiático como un “competidor estratégico” de su país. Una década después, la administración de Barack Obama, en la *Nuclear Policy Review*, afirmó que “Estados Unidos y los vecinos asiáticos de China siguen preocupados respecto de los actuales esfuerzos de modernización militar de China, incluyendo la modernización cualitativa y cuantitativa de su arsenal nuclear” (Glaser, 2011). Y a fines de 2011, en la reunión en Hawaii del Foro de Cooperación Económica Asia-Pacífico (APEC), el presidente Obama declaró que China necesitaba actuar como “adulto” y la acusó de “abusar del sistema [internacional]” (Grammaticas, 2011). No sorprende entonces que, como *The New York Times* notara unos meses antes de los comentarios de Obama, que “las relaciones entre la

* Director del Centro de Estudios sobre América del Norte y profesor del Departamento de Estudios del Pacífico, Universidad de Guadalajara, <arturosc@hotmail.com>.

superpotencia y la mayor potencia emergente se encuentran en uno de sus puntos más bajos en años” (Sanger y Wines, 2011).

El caso de Bush es relevante porque su imagen de China fue acompañada con medidas poco alentadoras para una relación estable entre Washington y Pekín. Así, poco después de asumir el poder, el presidente estadounidense empezó a ejecutar acciones unilaterales poco amistosas, como la adopción del escudo de defensa de misiles, el cual hacía obsoleto al pequeño arsenal nuclear chino. El tenor de la relación bilateral entre estos dos gigantes, a la que la prensa frecuentemente presenta como la reedición de la guerra fría, terminada con el deceso de la Unión Soviética, cambiaría después a raíz de los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001.

Lo que me interesa destacar por el momento es que la percepción que permeaba la actitud de la política exterior del país más poderoso de la Tierra hace poco más de una década correspondía a la imagen más generalizada: el surgimiento de China es una amenaza para la estabilidad mundial. Este país parece, pues, estar al acecho, aunque en buena medida esta percepción se explica más que por su evidente potencial exportador o por los otros temas ya mencionados, por la propagación de la imagen de China como amenaza inminente.

Sin embargo, este síndrome no es una conspiración o mero truco mediático. Hay detrás algunos factores que le otorgan cierta credibilidad: China ha crecido económicamente como ningún otro país del mundo en el último cuarto de siglo. Aún más, de acuerdo con los expertos, se augura que el espectro chino llegó para quedarse. Si esto será así, cabe entonces detenerse a considerar el comportamiento que esta potencia ascendente ha tenido en las últimas décadas, y lo que podría determinar el sentido de la influencia que China ejercería durante el presente siglo en la política internacional: el efecto que el crecimiento de los últimos veinticinco años ha tenido sobre la política y la diplomacia chinas.

Realizar una somera revisión del comportamiento de este país en la escena internacional desde que inició su proceso de reformas económicas debe darnos indicios de su comportamiento futuro, aunque más enriquecedor será tener elementos sobre los efectos que las transformaciones políticas tendrían en este último. Esto es, el efecto de esos cambios en el imperio central no es un asunto que concierna sólo a sus habitantes. Como Larry Diamond ha señalado: “la democratización de China podría contribuir a la paz y seguridad tanto regional como mundial” (2000: ix). O como más recientemente ha observado T.V. Paul: “El déficit de democracia en China genera una gran incertidumbre para sus vecinos asiáticos y para Estados Unidos, porque sus intenciones no son fáciles de sopesar” (2012: 110). El impacto que ese cambio tenga sobre la identidad de China seguramente tendrá repercusiones mundiales.

En este capítulo revisaré algunos acontecimientos sobresalientes en los frentes internacional y nacional de la principal potencia emergente de las últimas décadas. Divido este trabajo en seis apartados: en el primero me refiero a los cambios ocurridos en China durante la última generación; en el segundo señalo las interrogantes planteadas por más de dos décadas de crecimiento ininterrumpido de la economía china. En el tercero, paso a una breve revista al comportamiento de la potencia emergente en el escenario internacional; en el siguiente, planteo que

estas transformaciones conllevan un cambio de identidad del Estado chino. Los dos últimos apartados se dedican a cuestiones de política interna. En el quinto considero la relación entre crecimiento económico, el surgimiento de la clase media y la transición democrática, mientras que en el sexto discuto el pragmatismo ideológico que ha permitido a los líderes chinos mantener un clima de estabilidad política. Concluyo con la argumentación de que los miedos (pero también las esperanzas) convencionales acerca del surgimiento del gigante asiático y de las implicaciones políticas de su desarrollo económico descansan sobre frágiles cimientos.

La diferencia que hace una generación

He aquí un *flashback* de principios de los setenta: la República Popular China acaba de conseguir el asiento antes detentado por la República de China en Taiwán en la ONU y no es miembro aún de sus principales organismos. Su comercio exterior es bastante reducido (menos del 5 por ciento del producto nacional), no existen vuelos directos entre Pekín y las principales ciudades de Asia, y sólo unos cuantos jóvenes chinos estudian en el exterior.

Inicios del siglo XXI: China es uno de los actores más activos en los distintos foros de la ONU, una potencia en el comercio mundial —recientemente admitida en la Organización Mundial del Comercio (OMC)—. Pekín tiene vuelos directos no sólo con todas las principales ciudades de Asia, sino también del hemisferio norte; decenas de miles de jóvenes chinos estudian en el exterior, notablemente en Estados Unidos (Oksenberg y Economy, 1999: 2, 4-5). China apuesta ahora también por el *soft power*. Desde 2004, Pekín operó una red de institutos “Confucio” —más de doscientos alrededor del mundo— cuya tarea es promover la cultura china. Aún más, en 2008 —con gran efecto simbólico y político—, China organizó los Juegos Olímpicos.¹

Todavía más, desde que comenzó su reforma y liberalización económica a fines de la década de los setenta, su involucramiento en los mercados mundiales se ha expandido de manera impresionante. En 1978, el comercio de mercancías chino se calculaba en casi veinte mil millones de dólares; en 1990, el comercio total de este país alcanzaba la cifra de 147 mil millones de dólares y dos décadas después, lo multiplicó por veintinueve. Justo en el periodo de 1990 a 2010, las exportaciones totales chinas crecieron veintiocho veces; y su participación en las globales alcanzó el 7.4 por ciento en 2010, comparado con un 2.9 por ciento en 2000 y con un 1.3 por ciento en 1990. Como los datos anteriores dejan entrever, China no es solamente un gigante comercial, sino que se ha convertido en una verdadera locomotora económica (WTO, s.f.).

¹ Esto no significa, por supuesto, que China se haya vuelto el país preferido en la política mundial. Tiene aún un buen tramo por recorrer, como lo demuestra una encuesta llevada a cabo en 2010 por la BBC en 28 países: el imperio central gozaba de una imagen positiva sólo en África y en algunas partes de Europa (BBC World Service Poll, 2010).

Y las locomotoras arrastran. China es el primer o segundo socio comercial de setenta y ocho países, lo que la convierte en la potencia comercial “central” del sistema internacional (The Economist, 2012). No es, pues, de extrañar que el gigante asiático haya contribuido al crecimiento económico mundial en un 25 por ciento en el periodo 2006-2011 —la más importante contribución a nivel global— (The Conference Board, 2011). Desde el inicio de la crisis financiera de 2008, la conducta de la economía china ha superado por mucho la de los principales poderes industriales —creciendo la friolera del 60 por ciento (Wolf, 2012)—. Así, no sorprende que en 2010 haya superado a la japonesa, convirtiéndose en la segunda a nivel mundial, e incluso que Goldman Sachs haya anunciado que para el año 2027 la economía china superará a la de Estados Unidos.

Las incógnitas del crecimiento

El ascenso económico de China resulta, pues, indudable. La cuestión es elucidar su probable impacto en el escenario internacional. El surgimiento de cualquier potencia suscita suspicacias. Ya lo dijo Tucídides hace veinticuatro siglos refiriéndose a la guerra del Peloponeso: “lo que hizo la guerra inevitable fue el crecimiento del poderío de Atenas y el miedo que esto causó en Esparta”. En el caso de marras, las analogías con el surgimiento de Japón a finales del siglo xix, o el de Alemania en la primera mitad del siglo xx no se han hecho esperar. Samuel Kim ha notado que la “teoría de la amenaza china” se explica en buena medida porque la “historia internacional” sugiere que dar su lugar en el sistema mundial “a un poder emergente tal como la Alemania guillermina o el Japón de la era pos-Meiji ha resultado ser disruptivo” (Kim, 1998: 5). Las comparaciones no son inocentes: el mensaje es que China repetirá las desastrosas aventuras bélicas de esos dos países. Como ha observado Jonathan Kirshner (1998: 80), el caso de China es “el ejemplo clásico de un Estado que tiende a la guerra en los enfoques basados en el equilibrio de poder”.

Los líderes chinos están conscientes de la animadversión que el crecimiento de su país despierta. Es por eso que acuñaron un término para tranquilizar a la comunidad internacional: “ascenso pacífico”. Así, un alto funcionario del Partido Comunista Chino (PCC) dijo, en noviembre de 2003, que su país ha elegido un “ascenso pacífico” en el escenario internacional (*The Economist*, 2004). El mes siguiente, durante una visita a Estados Unidos, el primer ministro chino Wen Jiabao repitió el término —si bien luego el concepto fue sustituido por otro que Pekín consideró más tranquilizador para la comunidad internacional: “desarrollo pacífico” (Fravel, 2010: 511). La prioridad para el régimen chino ha sido, pues, tranquilizar a la comunidad internacional. En 2003, China firmó un tratado de amistad y cooperación con la Asociación de Naciones del Sureste de Asia (ASEAN, por sus siglas en inglés), convirtiéndose de esta manera en el primer país que firma un tratado de este tipo con ese grupo de diez países, y en 2005 ayudó a lanzar las cumbres del Este asiático, en la cual quince países de Asia Pacífico participan.

Protagonismo tranquilizador

Esta iniciativa china es tan sólo una muestra significativa de un esfuerzo iniciado años atrás. A fines de los ochenta y principios de los noventa, el imperio central emprendió un fuerte activismo internacional, abandonando así su virtual aislamiento de los años sesenta. Entre 1988 y 1994, el país asiático normalizó o estableció relaciones con dieciocho Estados. Asimismo, en los noventa firmó una serie de acuerdos de cooperación con varios países, proceso que culminó con el Tratado de Buena Vecindad y Cooperación con Rusia, signado en 2001.

China es miembro activo de una importante red de organismos internacionales. Inicialmente privilegió el sudeste de Asia. Después contribuyó a establecer el mecanismo ASEAN + 3 (donde los tres son Corea del Sur, China y Japón). Más adelante, amplió sus esfuerzos a todo el Pacífico. De esta manera, en 2001, Shangai fue la sede de la reunión de líderes del APEC. Aún más, en 2006, China recibió al primer ministro japonés Shinzo Abe y en 2008 el presidente Hu visitó Japón —siendo apenas el segundo presidente de la RPC en hacerlo—.

China también ha incrementado su actividad diplomática en otros escenarios en los últimos años. En el frente europeo, fue miembro fundador de los Encuentros Asia-Europa en 1996. En lo concerniente a sus delimitaciones fronterizas, desde 1991 China ha zanjado pacíficamente conflictos con Kazajastán, Kirguistán, Laos, Rusia, Tayikistán y Vietnam. Asimismo, el gigante asiático ha mejorado sus (históricamente difíciles) relaciones con otro Estado de dimensiones continentales: India. La situación ha sido más delicada con las islas Diaoyu-Senkaku, las cuales estuvieron bajo control chino hasta 1895 y cuya soberanía ha disputado Pekín a Tokio, sobre todo desde principios de los setenta. El conflicto resurgió en 2012, luego de que el gobierno japonés comprara las islas a la familia que se ostentaba como su propietaria (*China Daily*, 2012). La respuesta china no se hizo esperar. En el marco de la Reunión del APEC en Rusia, el presidente Hu Jintao advirtió al premier japonés que no permitiría la compra de las islas bajo ninguna circunstancia (*China Daily*, 2012). A principios de 2013, la disputa continuó y no se avizora un pronto desenlace, pero afortunadamente los ánimos parecen haberse calmado y el conflicto bilateral no ha pasado a mayores.

Por otra parte, China ha cumplido un papel más activo en los últimos años en el mayor foro internacional: el Consejo de Seguridad de la ONU. Así, desde mediados de los noventa ha dejado de abstenerse en las votaciones de resoluciones que invocan el Capítulo VII de la ONU, el cual autoriza el uso de la fuerza. Por citar un par de ejemplos: en noviembre de 2002, Pekín votó a favor de la resolución 1441, relativa a la inspección de armas en Irak y en la reciente intervención en Libia no usó su derecho de veto en el Consejo de Seguridad de la ONU (se abstuvo junto con Rusia).² De manera similar, el imperio central ha incrementado su participación en

² Cabe notar, sin embargo, que el derecho de veto de China frecuentemente paraliza al Consejo de Seguridad, como sucedió durante la crisis desatada por el uso de armas químicas por parte del régimen sirio, si bien la voz cantante en oposición a la propuesta de Estados Unidos y Francia de recurrir a una resolución amenazando el uso de la fuerza la tuvo Rusia.

misiones para el mantenimiento de la paz en lugares tan disímiles como el Congo, Timor Oriental y Haití (con el despliegue de una fuerza especial en 2004).

La idea de China como víctima del sistema internacional —asociada claramente con Mao Tse-tung— ha cedido paso a la de China como una potencia emergente, con responsabilidades en el sistema internacional. Como Avery Goldstein (1997:26) ha observado: “el comportamiento de Pekín sugiere que éste se ve a sí mismo como en transición de ‘objeto’ a ‘sujeto’ de la economía internacional, una autopercepción cambiante que ya se puede ver en su activismo en el Foro de Cooperación Asia-Pacífico”. O como He Lichao (2009: 53-54) señaló más recientemente: “Pekín está dejando la identidad de víctima de la opresión externa para asumir la identidad de gran potencia” .

La transformación de la diplomacia china inició con Deng Xiaoping y su movimiento de “reforma y apertura” a fines de los setenta. A fin de promover la modernización económica de su país, Deng buscó su involucramiento en la comunidad mundial, sin embargo, durante su mandato, la participación china en el escenario internacional mantuvo un bajo perfil. En años recientes, en cambio, la participación de China en la diplomacia internacional se ha acentuado. Así, este país milenario ha ratificado varios de los más importantes tratados sobre control y no proliferación de armas, entre los que se cuenta el Tratado de No Proliferación de Armas Nucleares y la Convención de Armas Químicas. China también firmó el acuerdo de Prohibición de Pruebas Nucleares en 1996.

El imperio central se ha impuesto asimismo límites en sus exportaciones de armas, otorgándole así mayor credibilidad a los compromisos adquiridos en cuanto a la no proliferación. Como David Lampton ha observado: “la cooperación multilateral [china] en cuestiones de seguridad no es simplemente una concepción idealista [...] sino una manera de contener las tendencias unilateralistas” de Estados Unidos, Gran Bretaña y la OTAN en el mundo de posguerra fría (Lampton, 2001: 29).

El abandono de la tradicional reticencia china a involucrarse activamente en la política mundial se ha puesto de manifiesto claramente en el caso de Corea del Norte. Ante la preocupación que desde hace unos años desató en la esfera internacional el probable desarrollo de capacidades para producir armamentos nucleares por parte de Pyongyang, así como su negativa a sujetarse a normas y acuerdos internacionales al respecto, Pekín aumentó la presión en su otrora cliente político. Así, en un momento le suspendió envíos petroleros, luego mandó enviados de alto nivel a la capital norcoreana, movilizó tropas a lo largo de su frontera con el cada vez más aislado régimen de Kim Jong Il y finalmente organizó las pláticas tripartitas realizadas en Pekín en abril de 2003.

En 2009, China apoyó las sanciones establecidas por el Consejo de Seguridad de la ONU, a raíz de las pruebas nucleares realizadas por Pyongyang, y tres años después Pekín ejerció presión sobre Corea del Norte para apaciguar sus ánimos militaristas (Nanto y Manyin, 2010).

El cambio de actitud de la diplomacia china ha sido notable incluso en la moderación con que Pekín ha tratado la delicadísima cuestión de Taiwán. Más allá de alguna exhibición de fuerza naval con el afán de intimidar a Taipei, o de escaramu-

zas verbales, la China continental ha mantenido una actitud prudente frente a los pronunciamientos independentistas del nuevo liderazgo de la “provincia rebelde”. En parte, este cambio en la diplomacia china tiene que ver con lo que llamaríamos proceso de “cosmopolitización” de sus diplomáticos, entre los cuales se hallan cada vez más políglotas y oficiales de carrera que han vivido en Occidente, no sólo en misiones, sino formándose académicamente; de tal manera que los valores y tradiciones occidentales les resultan en gran medida más familiares.

Una cuestión de identidad

Como Alastair Johnston ha sugerido, parece que en China está surgiendo “una comunidad de especialistas en política exterior comprometidos con el multilateralismo” (1998: 74). De esta suerte, los altos funcionarios chinos abiertamente hablan ahora de “compartir responsabilidades” en el escenario mundial. Aún más, el liderazgo chino ha tendido a priorizar su relación con las grandes potencias (Estados Unidos, Rusia, Unión Europea) a expensas de la cercanía que había mantenido con el tercer mundo. Significativamente, el presidente chino Hu Jintao empezó a asistir a las reuniones del G-8 (aunque en calidad de observador o “miembro de diálogo”). Debe hacerlo, pues resulta obvio que China pasa por una especie de “crisis de identidad” —aquella por la que las potencias mundiales, y especialmente las emergentes, suelen atravesar— (Kim, 1998: 3). Como ha acotado David Shambaugh (2011: 9): “China no tiene una sola identidad internacional hoy en día, sino una serie de identidades en competencia. Entre estas identidades no se halla la de ‘Estado retador’ del orden internacional establecido, sino la de socio garante de éste”. Y añade: (2011: 20): “El ‘gran salto hacia fuera’ de China desde 1979 ha ocurrido a la par de una rápida aceptación del derecho internacional, el cual se volvió parte del esfuerzo chino de ponerse al día con el resto del mundo y buscar un ambiente internacional estable y predecible”.

Quizá la muestra más evidente y palpable de la mudanza identitaria china y de su proyecto de inserción en las instituciones internacionales sea su ingreso a la OMC —el sucesor del Acuerdo General sobre Aranceles y Comercio (GATT), el cual se estableció pocos años antes de que triunfara la revolución comunista de Mao—. El 11 de diciembre de 2001, después de quince años de negociaciones, Pekín finalizó su proceso de admisión al régimen internacional de comercio. Como señala Johnston (2003:11): “la entrada [de China] a las instituciones económicas [internacionales] reflejó la creciente convergencia del liderazgo chino con la ideología y los intereses de estas instituciones del orden establecido”. Como para reafirmar su posición de converso a las normas internacionales del libre comercio, ese mismo año el régimen aún formalmente comunista propuso a través del —entonces— primer ministro Zhu Ronji al mecanismo ASEAN + 3 crear una zona de libre comercio antes de 2010. Como el secretario de Estado estadounidense dijo en junio de 2002: China “ya no es un enemigo del capitalismo” (Johnston, 2003: 16).

La nueva postura estadounidense respecto del, hasta hace poco más de una década, “competidor estratégico” se explica, sin lugar a dudas, por la actitud que adoptó ese país después del 11 de septiembre. Aunque sin convertirse en su aliado incondicional, el liderazgo entonces encabezado por Jiang Zemin no obstaculizó el proceder de Washington en su “guerra contra el terrorismo”. Como señalé más arriba, China incluso votó a favor de la resolución 1441, pero su mudanza se dio desde antes de ese voto.

Un mes después de los ataques terroristas tuvo lugar la antes mencionada reunión del APEC en Shangai. En ese marco, antes de iniciar el encuentro, el presidente chino Jiang Zemin declaró que tanto su país como el de su invitado compartían la responsabilidad y el interés en “trabajar con el resto de la comunidad internacional para combatir el terrorismo” (Joseph, 2001). Días después, se anunció que China cooperaría con la causa antiterrorista compartiendo inteligencia e interceptando flujos financieros de sospechosos. Posteriormente, Bush hablaría de un “entendimiento común” entre su país y China, y su secretario de Estado, Colin Powell, encomiaría el “liderazgo iluminado” de la República Popular China.

Se afirmarí que China ha tenido una actitud constructiva en los planos regional y mundial de la política. Se ha adherido a las instituciones internacionales y seguido sus normas, tomando conciencia de que a través de éstas puede promover su interés nacional. De ahí que, a más de una década del surgimiento chino, el orden internacional permanezca, básicamente, intacto (Ikenberry, 2011). De acuerdo con el analista chino Zhu Feng: “de ninguna manera China es un retador del orden internacional actual. Según las normas actuales, China puede conseguir sus intereses propios” (Feng citado en Johnston, 2003: 32). O como Samuel S. Kim lo ha planteado:

Prácticamente todos los regímenes multilaterales en las áreas económica y de ciencia y tecnología del sistema de la ONU han sido reconceptualizados como fuentes efectivas en términos de costos para cubrir las disparidades de información, conocimiento, capital y tecnología en el esfuerzo modernizador. Algunas veces de manera premeditada y otras inadvertida, se les ha permitido la entrada [a las normas de estos regímenes] al castillo de la soberanía china como caballos de Troya conceptuales, influyendo el proceso por el cual los intereses nacionales chinos son redefinidos (1998: 23).

Más allá de la retórica antiestadunidense, los líderes chinos reconocen que ellos no pueden desafiar el poder de Estados Unidos y, en consecuencia, han hecho poco para contrarrestar el poder de Washington —especialmente fuera de Asia Pacífico— (Shambaugh, 2010: 224). Los líderes chinos están conscientes de que, dado el nuevo estatus e identidad de su país, un clima internacional estable les resulta más conveniente. Así, como apunta Wang Jisi: “mientras no haya un gran peligro —por ejemplo, la secesión formal de Taiwán— que amenace el liderazgo del PCC, Pekín permanecerá preocupado por el desarrollo económico y social del país, incluyéndolo en su política exterior” (2011).

Crecimiento económico, clase media y democracia

Ahora bien, ¿cuál ha sido el efecto del crecimiento económico de China en su política interna? Porque es bien sabido que el exponencial incremento del poderío financiero del gigante asiático se explica no sólo por su cada vez mayor integración a la economía política mundial, sino también por la reestructuración económica que ha tenido lugar en el país. Es decir, durante el último cuarto de siglo hubo una creciente liberalización económica que causó que el Estado perdiera su predominio casi absoluto sobre la economía. Como observara Yijiang Ding, a causa de las reformas económicas “un ámbito de vida económica y social que no es controlado directamente por el Estado se ha desarrollado” (2001: 12). Para fines prácticos, la economía china se considera capitalista. ¿Pero cuáles han sido los efectos de esta mutación económica en la esfera política?, ¿es China un país más libre hoy que, digamos, a mediados de los setenta?

El sentimiento general, representado por autores como el columnista de *The New York Times*, Nicholas Kristof, y el editor de *Time*, Fareed Zakaria, respecto de la apertura china y la introducción del capitalismo sugieren que el país se encuentra camino a la democracia. Según el expresidente estadounidense Bill Clinton, el ingreso de China a la OMC desataría “las fuerzas que pueden acelerar el fin del Estado de partido único en la China continental” (Clinton citado en Fewsmith, 2003: 584). Incluso académicos chinos comparten esta opinión. Yu Liu y Dingding Chen afirman: “China está en el camino de vindicar la teoría clásica de la modernización, la cual postula que el crecimiento económico eventualmente llevará a la democracia” (2012: 41).

El argumento tiene lógica, pues al controlar el Estado una porción menor de los recursos materiales, se ve en la necesidad de negociar las demandas políticas y económicas de los grupos emergentes que ahora escapan de su control. De ahí que, según este planteamiento, el país se encuentre en un ineluctable camino a la democracia —tan inevitable como lo era antes, paradójicamente, el socialismo para los marxistas ortodoxos—.

Ahora bien, la cuestión aquí radica en qué se entiende por democracia y cuál es el actor que supuestamente dirigirá el camino hacia ésta. Una definición minimalista o procedimental de la democracia se limitaría a destacar tres características: la celebración de elecciones libres sobre la base del sufragio universal, la responsabilidad del aparato estatal respecto de los representantes electos y la existencia de garantías básicas como la libertad de expresión y de asociación (Huber *et al.*, 1993: 73); sin embargo, es problemático extrapolar a China incluso esta visión básica de la democracia. Como Robert X. Ware ha observado, existen algunas diferencias fundamentales entre las concepciones china y occidental de lo que es el “gobierno del pueblo”. De acuerdo con Ware, “la democracia china difiere de la que surge en Europa en al menos cinco aspectos: enfatiza bienes en lugar de derechos, lo colectivo en lugar de lo individual, la práctica en lugar del procedimiento, el interés *objetivo* en lugar del interés subjetivo y la movilización social en lugar de la participación voluntaria” (Ware citado en Ding, 2001: 8). Si bien la concepción

china de la democracia ha cambiado en las últimas dos décadas, cabe recordar que cuando los chinos hablan de democracia, seguramente no tienen en mente lo mismo que los ciudadanos de las democracias occidentales.

El caso del concepto chino *minben* es ilustrativo. Shaohua Hu ha notado que ese término alude a la gente como la fuente primaria del poder estatal, hasta cierto punto esto sería compatible con las ideas occidentales sobre la democracia. Esta palabra implica un gobierno que rinde cuentas; sin embargo, *minben* enfatiza simplemente el bien de la gente —ya sea por medios democráticos o autoritarios— (Zhao, 2000: 7). El punto no es que la cultura china sea “esencialmente” antidemocrática, sino que las ideas arraigadas respecto de los derechos y obligaciones de las personas y el gobierno no embonan fácilmente con la concepción predominante en Occidente sobre la democracia. Los cánones occidentales sobre cuál es la relación óptima entre Estado y sociedad, fundamento de la democracia occidental, no aplican en China (Bell y Jayasuriya, 1995: 10).

Regresemos a la teoría de la modernización ya aludida.³ Como Bell y Jayasuriya han notado: “La perspectiva de la teoría de la modernización pone un gran énfasis en los efectos del desarrollo económico en el patrón, nivel y base cultural de la movilización social, llevando al surgimiento de una estructura social pluralista y diferenciada” (1995: 11). Lo que me interesa destacar ahora es que el actor protagónico en la odisea que es la construcción de un régimen democrático es la clase media; la razón es simple: sus demandas de mayor libertad, si bien pueden tener sus orígenes en la búsqueda del interés propio, extienden su manto protector al resto de la sociedad.

Aunque no está exento de riesgos extrapolar el concepto occidental de “clase media” al contexto chino, consideremos que los nuevos ricos en China son el equivalente funcional a la clase media occidental —si no necesariamente en el aspecto de estatus social, bienestar económico y poder político— (Goodman, 2008). El surgimiento de la clase media en China es irrefutable, y las actitudes de los líderes chinos respecto de este advenimiento han experimentado una importante transformación recientemente. A fines de 1989, más de una década después de la muerte de Mao y del inicio de las reformas con Deng, el presidente Jiang comentó: “Un pequeño grupo de personas planeó crear la llamada ‘clase media’ en China para que actuara como su base de apoyo a fin de derrocar nuestro sistema socialista. Esto prueba que debemos apoyarnos en la clase obrera completa y sinceramente” (cit. por Fewsmith, 2003: 4). Trece años después, en el decimosexto congreso del PCC, el mismo Jiang declaró: “debemos tratar de incrementar la proporción del grupo de medianos ingresos” (cit. por Fewsmith, 2003: 3-4). El objetivo actual es crear una amplia —amplísima— clase media en China.

Para el PCC, es la estabilidad del régimen, no su posible conversión a la democracia, lo que está en juego con la emergencia de una vasta capa de sectores medios. Esta nueva posición se ha expresado de hecho a nivel doctrinal. El 1º de

³ Véanse, por ejemplo, Moore (1966); Huber *et al.* (1993: 71-86); Dahlberg (1983: 257-266); Dahl (1971) y O'Donnell *et al.*, coords. (1986).

julio de 2001, octagésimo aniversario del PCC, Jiang se refirió a su teoría de las “tres representaciones” para proponer que el partido trascendiera su base histórica (los obreros y campesinos) y aceptara miembros destacados de otros estratos, en particular empresarios. Esta iniciativa cancelaba la prohibición, impuesta en 1989, sobre la afiliación de “burgueses” al partido. La “revolucionaria” propuesta de Jiang causó controversia entre los *apparatchiks* (funcionarios del Partido Comunista, también conocidos como “agentes del aparato”), pero para Jiang la cuestión básica es el crecimiento sostenido de la economía china —y consecuente permanencia del PCC en el poder—. Como el mismo líder lo planteara: “Si nos apartamos del crecimiento económico, será imposible para nosotros hablar de preservar la naturaleza avanzada y la consistencia de la plataforma del partido” (Fewsmith, 2003: 3-4; Anderlini, 2013). Como Joseph Fewsmith ha observado: “una de las consecuencias principales de la reforma [económica] fue socavar la legitimidad del sistema socialista” (2001: 68). El pragmatismo de la creciente clase media es el que define ahora el rumbo por seguir.

Flexibilidad ideológica y rigidez política

Desde 1978, la estrategia del PCC cambió: en lugar de recurrir a la, para ese entonces, desgastada legitimidad ideológica, apostó a la legitimidad que obtendría del buen funcionamiento de su economía si se llevaba a cabo un ambicioso programa de reformas (Fewsmith, 2001: 64). Más de dos décadas después, en el decimosexto congreso del PCC, celebrado en noviembre de 2002, la teoría sobre las “tres representaciones” de Jiang fue formalmente adoptada, quedando así al lado de las grandes innovaciones doctrinales de sus predecesores Deng y Mao. Jiang aseguró un lugar en el panteón chino.

Más allá de la doctrina y las estatuas de mármol, el legado más significativo de Deng fue sin duda la línea antigalaritaria que impulsó desde el inicio de los ochenta. Como apunta en una obra suya de esa época: “En política económica, creo que debemos permitir que algunas regiones y empresas y algunos campesinos y obreros ganen más y disfruten de más beneficios que otros de acuerdo con su mayor esfuerzo y mayor contribución a la sociedad” (citado en Zhong, 1994: 238).

Hasta la fecha, la estrategia parece haber funcionado: la desigualdad en China ha aumentado significativamente, pero también lo ha hecho el nivel de vida de la mayoría de la población. Así, el PCC está bien afianzado en el poder, sin señas de debilitamiento después de más de seis décadas en el poder; sin embargo, como ya señalé antes, la base de legitimidad del régimen ha cambiado. Sobre todo a partir de la década de los noventa, el régimen chino ha basado su autoridad en sus logros económicos, más que en una ideología. Aun más, el éxito económico ha tenido también el efecto no deseado de debilitar el gobierno autoritario chino, pues ha posibilitado el surgimiento de sectores sociales más independientes (Zhao, 2000: 1 y 15).

El más serio contratiempo enfrentado por el régimen en el ámbito de su hegemonía política se presentó hace casi dos décadas, cuando, después de diez años de

reestructuración económica, y en el contexto de la primavera política de los países satélites de la entonces existente Unión Soviética, los estudiantes se organizaron para exigir reformas democráticas. Conviene recordar la declaración leída por los estudiantes el 4 de mayo de 1989 en la plaza de Tiananmén, donde los jóvenes hacían un llamado al gobierno para que acelerara la reforma política y económica, garantizara las libertades constitucionales, combatiera la corrupción y adoptara la libertad de prensa. Todo parecía indicar que China se subía al tren democratizador —y que la teoría convencional sobre los efectos políticos de la liberalización económica de ese país sería reivindicada.

Pero no fue así. Los mandarines, encabezados todavía por el senil Deng, decidieron descarrilar el convoy. Cuando el aparato estatal tomó la decisión —a principios de junio— de utilizar la fuerza para sacar a los estudiantes de la plaza, sufrió su peor fractura interna en los más altos niveles. A partir de entonces hubo una reestructuración de fuerzas dentro del partido con quienes abogaban por una posición moderada y liberalizadora, perdiendo la batalla.

Desde entonces, la oposición no se ha vuelto a organizar de manera tan visible. Yu Gang, uno de los manifestantes de Tiananmén declaró recientemente respecto de la democratización de su país: “Han pasado 23 años y no ha habido progreso” (Guangzhou, 2013). Quizá su lamento sea una exageración, pero China ciertamente no puede considerarse todavía un país democrático. Como han notado Diamond y Morlino, “existe una dimensión enorme de pluralismo que permanece inaccesible [...] y ése es cualquier desafío, así sea implícito, a la hegemonía política del Partido Comunista” (2004: ix).

Cabe señalar que ni el movimiento estudiantil ni los intelectuales que los apoyaban encabezaban un movimiento democrático de corte occidental. Como sugerí en la sección anterior, y de manera análoga al concepto de “democracia”, la concepción que tenían particularmente estos últimos sobre el papel de la sociedad civil dista mucho de la occidental, en la que ésta se encuentra en una posición si no antagónica, al menos de autonomía respecto del Estado. En China esta visión confrontacionista no es la que ha prevalecido históricamente (Zhao, 2000: 10).

En la actualidad, la oposición política más efectiva se encuentra bastante acotada política y geográficamente: reside en Hong Kong. El 1° julio de 2003 (fecha en que se celebra el regreso de la isla a la soberanía china en 1997), medio millón de personas marcharon para protestar una iniciativa legislativa sobre medidas “antisubversivas” (finalmente la propuesta no prosperó). Parecía, entonces, que un movimiento democrático fuerte estaba en la víspera de consolidarse, al menos en la zona donde rige, según indica el eslogan gubernamental, “otro sistema”. Pero a pesar de que en abril de 2004 el Congreso chino estableció que no habría sufragio universal directo en Hong Kong, en por al menos otros ocho años, la protesta de ese 1° de julio no igualó a la del año anterior. A quince años de Tiananmén, el liderazgo del partido parece haber sacado la conclusión de que las fuerzas democratizadoras no son irresistibles —siempre y cuando se esté dispuesto a pagar un alto precio por mantener el control político, como éste lo ha demostrado.

Así, parece que el crecimiento de China no conduce, al menos directamente, hacia su democratización (en su sentido occidental). Como Zhao ha observado: “no hay duda de que la modernización económica no aseguró la transformación de China en una democracia liberal” (2000: 2). Paradójicamente, la política exterior china de apertura e integración internacional parece ser un simple instrumento para reforzar su anquilosado sistema político. Deng fue claro al respecto cuando señaló en 1988: “La modernización [de China] tiene dos prerequisites. Uno es la paz internacional y el otro es estabilidad de la política [interna] [...]. Una condición esencial para el progreso de China es la estabilidad política” (citado en Zheng, 1994: 249). De manera similar, en 1990, el ministro de Asuntos Exteriores, Qian Qichen, proclamó que “la política exterior de China es una extensión de su política interior” (citado en Kim, 1998: 11). A treinta y cinco años de iniciadas las reformas en China, sus líderes pueden jactarse de haber llevado a cabo lo que Gorbachov no pudo hacer a finales de los ochenta: *perestroika sin glasnost*.

Cierto, China es una sociedad menos cerrada y controlada de lo que era a principios de los ochenta, pero dista mucho de ser ya no digamos procedimentalmente democrática, sino una sociedad *políticamente* liberalizada. Consideremos el caso de la Internet, un instrumento de la era actual de alta tecnología a la que China parece estar adaptando de manera exitosa, pero uno que también parece requerir, si ha de explotar plenamente su potencial, de un entorno de libertad.

En China neosecular, los sitios de Internet han brotado como hongos en tiempo de lluvias, pero el gobierno insiste en controlarlos. Así, portales informativos como los de la BBC o la CNN se han bloqueado repetidas veces y los motores de búsqueda como Google siempre se censuran. Otro ejemplo, cual resquicio de tiempos pasados, pero en realidad inexplicable fuera de la modernidad propia de estos años de la transición de milenios: el movimiento semirreligioso Falun Gong. Después de que este peculiar grupo organizara una protesta multitudinaria (alrededor de diez mil personas) en abril de 1999, el gobierno adoptó una postura de intolerancia y represión. Falun Gong fue quizá para el régimen un amargo recordatorio del movimiento estudiantil que empezó a tomar fuerza durante esos meses diez años atrás.

Lo anterior no significa que en algunas esferas, en particular en la circulación de ideas a través de revistas especializadas, o la vida política de algunas villas, en las que se ha experimentado con elecciones con varios candidatos a un mismo cargo, no haya habido avances tangibles que benefician a los ciudadanos chinos. El efecto en la política interna del crecimiento económico parece ser uno de liberalización cultural y social, sí, pero no política; en esta última, China tiene simple y llanamente un régimen autoritario. En particular durante el gobierno de Deng, la esfera política transitó del totalitarismo al autoritarismo (Hu, 2000: 2). Pero fuera de algunos avances durante la época de Jiang, la China en la era de Hu siguió siendo autoritaria. Sería deseable que este Estado se transformara en un futuro cercano por otro de clara transición democrática, pero, como varios países del sudeste de Asia y del Cono Sur han demostrado, el capitalismo puede convivir bastante cómodamente con el autoritarismo durante periodos prolongados, con

las clases medias satisfechas con su mayor tajada del pastel económico. Por lo demás, el nuevo secretario general y presidente, Xi Jinping, no ha dado signos claros de que pretenda realizar una profunda reforma política del régimen (Shambaugh, 2012). Si bien estaba a dos meses de tomar posesión como primer mandatario, Xi ya era líder máximo del partido y comandante en jefe de las fuerzas armadas cuando se suscitó un incidente por demás revelador del estado de las libertades básicas en China. A principios de 2013, la censura china bloqueó la publicación de un artículo en el diario sureño *Nanfang Zhuomo* que pedía llevar a cabo reformas políticas en China; ante esto, periodistas del diario iniciaron una huelga que luego fue apoyada por protestas de la población en general en Cantón y, quizá más significativamente, por medio de la Internet. Los quejosos demandaban cosas como “libertad de prensa, constitucionalismo y democracia”. La reacción del gobierno chino ante la inconformidad fue previsible: culpar a “fuerzas extranjeras” y apretar el control de las redes sociales por medio de las cuales se manifestaba el apoyo a los periodistas de *Nanfang Zhuomo*. Ciertamente, los planteamientos de los periodistas y de la gente que se les unió podrían sonar parecidos a las que se tienen en otros regímenes políticos, pero dos meses antes, durante el Congreso del PCC en el que Xi fue ungido, el líder saliente ya había advertido: China “nunca copiará un sistema político occidental” (Reinoso, 2013), coartada gubernamental recurrente para negar a sus ciudadanos más libertades políticas. Queda, pues, por verse si su sucesor dará pasos más firmes en el camino liberalizador (Reinoso, 2012). De no ser así, nadie sabe a qué pueda llevar la cada día más evidente fricción entre la creciente liberalización económica y la limitada liberalización política sustantiva.

Conclusiones

Tenemos entonces que el ascenso de China muy probablemente sea pacífico, tal como lo pregonan sus líderes. Michael Oksenberg y Elizabeth Economy coinciden en este punto: “Los hechos revelan que el comportamiento de China hasta la fecha contrasta marcadamente con aquél de previas potencias emergentes en etapas similares de su ascenso” (1999: 20). Por ello, como apunta Goldstein, “escenarios horribles que involucran guerras mayores son innecesariamente alarmistas” (1997: 5). La percepción común parece estar equivocada en este sentido: aparentemente el imperio central se comportará como una potencia benigna.

En el frente interno, de manera similar, es poco probable que, por lo menos en el corto plazo, el crecimiento económico haga del imperio central una democracia a la occidental. Si bien la prosperidad creciente del gigante asiático ha desatado la frecuencia de protestas sociales (“incidentes de masas”, los llaman allá), las cuales han estado generalmente confinadas a los ámbitos laborales y ambientales, como el suceso citado líneas atrás, que ilustra la inconformidad vocal que parece haberse extendido ya al ámbito propiamente político. Así pues, sería deseable, mas no es un hecho, que se cumpla lo que asegura el título de un libro reciente: *El futuro democrático de China* (Gilley, 2004).

Las implicaciones de la discusión anterior para Estados Unidos —aún la única superpotencia en la política mundial— deben ser claras: incluso si el imperio central no llega a ser como aquél —en términos de ser un miembro del club de los países ricos y democráticos—, Pekín no amenazará seriamente al sistema internacional liberal que, de manera destacada, Washington ayudó a construir en vísperas de la revolución china.⁴ La respuesta de Estados Unidos al surgimiento de China debería ser, por lo tanto, una de cooperación más que de confrontación; como el vicepresidente Joe Biden Jr. afirmó: el ascenso chino no significa necesariamente el hundimiento de Estados Unidos (2011). A pesar de este tranquilizante augurio, lo más probable es que aun si Washington supera el síndrome de “China como amenaza”, la sensación de que el imperio central llega a los confines del mundo y constituye una gran encrucijada para la relación bilateral permanecerá.

⁴ Además, la implosión del régimen chino (como ocurrió, por ejemplo, con el gobierno de Hosni Mubarak en Egipto) no significaría necesariamente un beneficio para Washington, pues dicho evento tendría un efecto desestabilizador de enormes proporciones en la economía y la política internacionales.

Fuentes

ANDERLINI, JAMIL

2013 “How Long Can the Communist Party Survive in China?”, *Financial Times*, 20 de septiembre, en <<http://www.ft.com/intl/cms/s/2/533a6374-1fdc-11e3-8861-00144feab7de.html#slide0>>.

BBC WORLD SERVICE POLL

2010 “World warming to U.S. under Obama, BBC poll suggest”, *BBC News*, 18 de abril, en <<http://news.bbc.co.uk/2/hi/8626041.stm>>.

BELL, DANIEL A. y KANISHKA JAYASURIYA

1995 “Understanding Illiberal Democracy: A Framework”, en Daniel A. Bell y Kanishka Jayasuriya, coords., *Towards Illiberal Democracy in Pacific Asia*. Nueva York: St. Martin’s Press.

BIDEN JR., JOSEPH R.

2011 “China’s Rise Isn’t Our Demise”, *The New York Times*, 7 de septiembre, en <http://www.nytimes.com/2011/09/08/opinion/chinas-rise-isnt-our-demise.html?_r=1&scp=1&sq=china%27s%20rise%20isn%27t%20our%20demise%20biden&st=cse>.

CHINA DAILY

2012 “Diaoyu Islands: Timeline of Disputes”, *China Daily*, 12 de septiembre, en <http://europe.chinadaily.com.cn/world/2012-09/12/content_15751700.htm>.

DAHL, ROBERT A.

1971 *Polyarchy: Participation and Opposition*. New Haven: Yale University Press.

DAHLBERG, KENNETH A.

1983 “Contextual Analysis: Taking Space, Time, and Place Seriously”, *International Studies Quarterly* 27, no. 3 (septiembre): 257-266.

DIAMOND, LARRY

2000 “Foreword”, en Suisheng Zhao, coord., *China and Democracy. The Prospect for a Democratic China*. Nueva York: Routledge.

DIAMOND, LARRY y LEONARDO MORLINO

2004 “The Quality of Democracy: An Overview”, *Journal of Democracy* 15, no. 4 (octubre): 20-31.

DING, YIJIANG

2001 *Chinese Democracy after Tiananmen*. Vancouver: University of British Columbia Press.

FEWSMITH, JOSEPH

2003 "The Sixteenth National Party Congress: The Succession that Didn't Happen", *The China Quarterly* 173, no. 169 (marzo): 1-16.

2001 *Elite Politics in Contemporary China*. Nueva York: East Gate Book.

FRAVEL, TAYLOR M.

2010 "International Relations Theory and China's Rise: Assessing China's Potential for Territorial Expansion", *International Studies Review* 12, no. 4 (diciembre): 505-532.

GILLEY, BRUCE

2004 *China's Democratic Future. How It Will Happen and Where It Will Lead*. Nueva York: Columbia University Press.

GLASER, CHARLES

2011 "Will China's Rise Lead to War? Why Realism Does Not Mean Pessimism", *Foreign Affairs* 90, no. 2 (marzo-abril), en <<http://www.foreignaffairs.com/articles/67479/charles-glaser/will-chinas-rise-lead-to-war>>.

GOLDSTEIN, AVERY

1997 "Great Expectations. Interpretating China's Arrival", *International Security* 22, no. 3 (invierno): 36-73.

GOODMAN, DAVID

2008 *The New Rich in China, Future Rulers, Present Lives*. Nueva York: Routledge.

GRAMMATICAS, DAMIAN

2011 "Obama to China: 'Act like a grown-up,'" *BBC News*, 14 de noviembre, en <<http://www.bbc.co.uk/news/world-asia-china-15718392>>.

GUANGZHOU

2013 "Press Freedom. Battling the Censors", *The Economist*, 12 de enero, en <<http://www.economist.com/news/china/21569444-three-articles-look-relations-between-individuals-and-state-first-calls-press-freedom>>.

HOGUE, JAMES F.

2004 "A Global Power Shift in the Making", *Foreign Affairs* (julio-agosto), en <<http://www.foreignaffairs.com/articles/59910/james-f-hoge-jr/a-global-power-shift-in-the-making>>.

HU, SHAOHUA

2000 *Explaining Chinese Democratization*. Westport: Praeger.

HUBER, EVELYNE, DIETRICH RUESCHEMEYER y JOHN D. STEPHENS

1993 "The Impact of Economic Development on Democracy", *Journal of Economic Perspectives* 7, no. 3 (verano): 71-86.

IKENBERRY, JOHN

2011 "The Future of the Liberal World Order: Internationalism after America", *Foreign Affairs* 90, no. 3 (mayo-junio): 56-68.

JISI, WANG

2011 "China's Search for a Grand Strategy: A Rising Great Power Finds Its Way", *Foreign Affairs* 90, no. 2 (marzo-abril), en <<http://www.foreignaffairs.com/articles/67470/wang-jisi/chinas-search-for-a-grand-strategy>>.

JOHNSTON, ALASTAIR IAIN

2003 "Is China a Status Quo Power?", *International Security* 27, no. 4 (2003): 5-56.

1998 "International Structures and Chinese Foreign Policy", en Samuel S. Kim, coord., *China and the World. Chinese Foreign Policy Faces the New Millennium*. Nueva York: Columbia University.

JOSEPH, GIDEON

2001 "Dangerous Straits", *The Washington Post*, 19 de octubre, en <http://www.washingtonpost.com/wp-srv/liveonline/01/frontline/tv_frontline101901.htm>.

KIM, SAMUEL S., coord.

1998 "Chinese Foreign Policy in Theory and Practice", en Samuel S. Kim, coord., *China and the World. Chinese Foreign Policy Faces the New Millennium*. Nueva York: Columbia University.

KIRSHNER, JONATHAN

1998 "Political Economy in Security Studies after the Cold War", *Review of International Political Economy* 5, no. 1 (primavera): 64-91.

LAMPTON, DAVID M.

2001 "China's Foreign and National Security Policy-Making Process: Is it Changing, and Does It Matter?", en David M. Lampton, coord., *The Making of Chinese Foreign and Security Policy in the Era of the Reform, 1978-2000*. Stanford: Stanford University Press.

LICHAO, HE

2009 "Ready to Become a Great Power? The Recent Nationalist Movement and China's Evolving National Identity", *Journal of International and Area Studies* 16, no. 2 (diciembre): 53-70.

LIU, YU y DINGDING CHEN

2012 "Why China Will Democratize", *The Washington Quarterly* 35, no. 1 (invierno): 41-63.

MOORE, BARRINGTON

1966 *Social Origins of Dictatorship and Democracy: Lord and Peasant in the Making of the Modern World*. Berkeley: University of California Press.

NANTO, DICK K. y MARK E. MANYIN

2010 "China-North Korea Relations", *Congressional Research Service*, 28 de diciembre, en <<http://www.fas.org/sgp/crs/row/R41043.pdf>>.

O'DONNELL, GUILLERMO, P.C. SCHMITTER y L. WHITEHEAD, coords.

1986 *Transitions from Authoritarian Rule*. Baltimore: John Hopkins University Press.

OKSENBERG MICHEL y ELIZABETH ECONOMY

1999 "Introduction: China Joins the World", en Michel Oksenberg y Elizabeth Economy, *China Joins the World: Progress and Prospects*. Nueva York: Council on Foreign Relations Press, 1-41.

PAUL, T.V.

2012 "Las potencias en ascenso y el equilibrio del poder en el siglo XXI", *Revista mexicana de política exterior* no. 94 (noviembre-febrero): 95-116.

REINOSO, JOSÉ

2013 "China se enfrenta al ansia de libertad de sus ciudadanos", *El País*, 8 de enero, en <http://internacional.elpais.com/internacional/2013/01/08/actualidad/1357633457_539562.html>.

2012 "Los nuevos líderes chinos se enfrentan a crecientes demandas de reforma política", *El país*, 16 de noviembre, en <http://internacional.elpais.com/internacional/2012/11/16/actualidad/1353078342_443069.html>.

SANGER DAVID E. y MICHAEL WINES

2011 "China Leader's Limits come into Focus as U.S. Visit Nears", *The New York Times*, 16 de enero, en <http://www.nytimes.com/2011/01/17/world/asia/17china.html?pagewanted=all&_r=0>.

SHAMBAUGH, DAVID

- 2012 “The Reformers Cometh?”, *The Washington Post*, 16 de noviembre, en <<http://www.highbeam.com/doc/1P2-33894442.html>>.
- 2011 “Coping with a Conflicted China”, *The Washington Quarterly* 34, no. 1 (invierno): 7-27.
- 2010 “A New China Requires a New US Strategy”, *Current History* vol. 109, no. 728 (septiembre): 219-226.

THE CONFERENCE BOARD

- 2011 “Global Outlook for Growth of Gross Domestic Product 1996-2012”, noviembre, en <www.conference-board.org/data/globaloutlook.cfm>.

THE ECONOMIST

- 2012 “Sinodependency, Teenage Angst. The Implications of China’s Slow-down”, *The Economist*, 25 de agosto, en <<http://www.economist.com/node/21560890>>
- 2004 “China: Peaceful Rise”, *The Economist*, 24 junio, en <<http://www.economist.com/node/2792533>>.

WOLF, MARTIN

- 2012 “Hopes in Emerging Countries”, *The Financial Times*, 10 de enero, en <<http://www.ft.com/cms/s/0/b4366e38-3afb-11e1-b7ba-00144feabdc0.html>>.

WORLD TRADE ORGANIZATION (WTO)

- s.f. “Times Series Statistics”, en <<http://stat.wto.org/>>.

ZHAO, SUISHENG

- 2000 “Introduction. China’s Democratization Reconsidered”, en Suisheng Zhao, coord., *China and Democracy. Reconsidering the Prospect for a Democratic China*. Nueva York: Routledge, pp. 1-17.

ZHENG, YONGNIN

- 1994 “Development and Democracy: Are They Compatible in China?”, *Political Science Quarterly* 109, no. 2 (verano): 235-259.